

La invención del papado contemporáneo. De Pío IX a Francisco

Diego Agustín Ledesma

 <https://orcid.org/0009-0004-5415-7254>

ISES (CONICET/UNT), Argentina

ledesmadiego2e@gmail.com

Vicente Díaz Burillo y Diego Mauro, *La invención del papado contemporáneo. De Pío IX a Francisco*, Madrid, Catarata, 2025, 206 pp., ISBN 978-84-1352-890-8.

La invención del papado contemporáneo es una obra publicada en un momento propicio para su recepción. Casi en forma paralela a su presentación, asistimos a la actualización de uno de los ritos más antiguos que conserva el mundo occidental: la elección de un nuevo obispo de Roma. Un nuevo nombre, León XIV, que los autores no tuvieron margen de incorporar en su lista de doce pontífices que inició con la elección del 255° papa, Pío IX, en 1846. La obra sintetiza en 206 páginas la trayectoria de una institución que, contrario a los frecuentes pronósticos de su fin, supo cambiar y sostener su presencia en la escena mundial. Es más, podemos decir que los autores se animan a reconstruir la historia de una paradoja: de una Iglesia católica que, aunque condenó la modernidad, fueron sus herramientas las que permitieron su supervivencia.

El libro contiene una introducción, ocho capítulos, un *intermezzo* (que funciona como un capítulo *bis*) y una conclusión. Siguiendo un



Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial 4.0 Internacional

criterio cronológico, los capítulos continúan una lógica similar: el protagonista es el sumo pontífice del cual se comenta brevemente su biografía para avanzar con su gobierno de la iglesia universal. A partir de la lectura de las encíclicas, decretos y mensajes dictados por el papa o sus subordinados directos (léanse, prefectos de los diferentes dicasterios), los autores reconstruyen las líneas principales por las cuales discurrió la cúspide eclesiástica. La introducción y el primer capítulo sirven de presentación del punto de partida: una institución que transitaba al borde del abismo. Los espectadores contemporáneos, como se marca una y otra vez a lo largo de la obra, consideraban a la Iglesia católica como una entidad acabada, sin capacidad de reacción. El papado había perdido el control de los Estados Pontificios (1870) y el sumo pontífice se consideraba preso del Reino de Italia. El legado de Pío IX fue un catolicismo ensimismado, el enfrentamiento con la modernidad obligaba a los católicos a oponerse a todo, resistir y aislarse, al menos en teoría. La elección de León XIII trajo nuevos aires y llevó adelante una “revolución silenciosa” que persiguió la reconstrucción política e institucional del papado; por un lado, a partir de la centralización de su figura y, por otro, dando lugar a la participación política de los laicos.

Los capítulos dos y tres, presentan el rol de un papado territorialmente diezmado que buscó un nuevo rumbo. Fue la pérdida de los territorios de los Estados Pontificios los que, a decir de los autores, dieron paso a una nueva configuración del papado. Durante las primeras tres décadas del siglo XX, la cúspide de la Iglesia católica construyó lentamente las bases de su nuevo lugar en el escenario mundial, que buscó posicionarse como una guía moral que fuera capaz de superar las antinomias ideológicas. La Primera Guerra Mundial -durante el papado de Benedicto XV- permitió a la Iglesia católica posicionarse en el escenario

mundial y consolidar un rasgo que caracteriza al papado desde entonces: su vocación universal. En el plano político, buscó influir en las negociaciones de paz.

El *intermezzo*, que podría considerarse un capítulo 3 *bis*, es, a mi criterio, el apartado más sugerente de la obra, donde los autores sostienen una postura contundente: los pactos de Letrán, negociados durante el papado de Pío XI (1922-1939), consolidaron al papado contemporáneo. Aunque a primera vista la renuncia del control territorial por parte de la cúspide eclesiástica podría parecer un debilitamiento en su posición, en realidad sirvió como puntapié para construir en otros aspectos. En ese sentido, los autores reconocen tres elementos pilares en la reconciliación del papado con la modernidad o, como se animan a sugerir, en la “catolización” de la modernidad. El ordenamiento de la cuestión territorial terminó con el limbo jurídico en que se encontraba la Santa Sede desde la derrota militar de 1870; de esta forma se reconocía al Estado de la Ciudad del Vaticano independiente de Italia y con todas las atribuciones propias de la soberanía. El segundo pilar lo constituyó el desembarazo en las cuestiones económicas. Si hasta entonces la Iglesia católica había sido recelosa de la inversión financiera, la creación de una oficina específica para administrar las indemnizaciones negociadas en los pactos de Letrán provocó un giro de 180° en su actitud hasta cierto punto culposa. Esta nueva entidad, la “Administración Especial de la Santa Sede”, que dependía directamente del papa, representó la secularización de la economía del Vaticano y las finanzas se independizaron de los debates morales o teológicos. De esta forma, y pese al impacto de la crisis de 1929 y, luego, los gastos generados por la Segunda Guerra Mundial, el papado logró consolidar su situación financiera y gozar de cierta autarquía. En sentido estricto, dejó de depender de las dádivas de otros

Estados, especialmente de las monarquías católicas. El tercer pilar, y tal vez el más revelador cuando pensamos desde la actualidad al papado, es el aspecto comunicacional. Un requerimiento específico del papa con la firma de los pactos letranenses fue la creación de una estación de radio, proyecto que se concretó hacia 1930. La importancia dada a los medios de comunicación es clave con relación a los capítulos siguientes; de hecho, ya en el primer capítulo se destaca el retrato fotográfico de León XIII, un suceso sin precedentes en el vínculo del catolicismo con las nuevas formas de circulación de la información. Los autores mencionan esa fotografía -y la posibilidad que la imagen del papa se conozca en todas las latitudes- como parte de una “revolución silenciosa” que culminó con los pactos de Letrán y se consolidó tras la Segunda Guerra Mundial.

El capítulo 4 se centra en la transición hacia una nueva configuración del papado. El contexto de guerra total y las posturas ambivalentes del papa Pío XII sobre los crímenes cometidos por el nazismo, fungieron como bisagras para la institución. Los autores califican a Pío XII como el “último monarca”; naturalmente, al conocer el devenir posterior de la institución, este fue el último líder de la iglesia en sostener rigurosamente las tradicionales vestiduras, las formas del lenguaje y los ritos. En el aspecto diplomático, esta etapa estuvo marcada por la definitiva consolidación institucional de la Santa Sede como actor de relevancia en el escenario internacional. Si bien sus invitaciones a la negociación y los llamados de paz no fueron fructíferas, su presencia diplomática fue mucho más contundente que durante la Primera Guerra Mundial. Por otra parte, el mundo bipolar terminó por definir, sin titubeos, la postura del Vaticano. A decir de los autores, el anticomunismo del papado “era sincero” y tenía décadas de desarrollo, por lo que su incorporación a las lógicas diplomáticas occidentales resultó un proceso

prácticamente automático. No obstante, como se lee en los capítulos siguientes, las críticas al capitalismo, a sus excesos y a la búsqueda de un sistema que acompañe a los desfavorecidos fue parte de un discurso frecuente en la cúspide de la Iglesia.

El capítulo 5 constituye un apartado central en el argumento de los autores. La historiografía menciona frecuentemente la importancia que tuvo el Concilio Vaticano II en la construcción de una nueva forma de vivir el catolicismo. El llamado conciliar de Juan XXIII (1958-1963) y la continuidad dada por Pablo VI (1963-1978), pusieron el punto final a las asperezas entre el papado y la modernidad. Pese a los conflictos y resistencias, el papado pudo sostener e imponer su primacía frente a las iglesias locales y extender, una vez más, la centralidad de su control. Por otra parte, los autores se encargan de matizar la pompa que la historiografía dio al Concilio y al “papa bueno”. Lejos de considerar este evento como una inspiración divina y del misticismo del que los cronistas de la época quisieron evocar, los autores comentan su historicidad y marcan su continuidad con el prematuramente clausurado Concilio Vaticano I. En ese sentido, el Concilio Vaticano II es presentado como el punto culminante de un añoso proceso de cambio y no como una revolución en clave católica. De hecho, consideran que fue una consecuencia necesaria para garantizar la supervivencia de la Iglesia católica.

En los capítulos 6 y 7, los autores se introducen de lleno en lo que llaman la “sociedad del espectáculo”. Sin dudas, la persona de Juan Pablo II (1978-2005) tuvo el carisma necesario para enfrentar la masificación mediática de la última parte del siglo XX. Lo longevo de su papado, así como la cantidad de sus viajes, contribuyeron a conformar una imagen

cercana y amena de la figura papal. El papa polaco fue la expresión más clara de un elemento que se desarrolla en cada capítulo: la adecuación a la modernidad. Así como se adecuó la doctrina social a los tiempos modernos y la conflictividad social (a dos tiempos, durante el papado de León XIII y, luego, con Pablo VI) y se insertó al Vaticano en los circuitos financieros internacionales (con Pío XI), Juan Pablo II adecuó la práctica papal a la época de la política de masas, la Guerra Fría y la sociedad de espectáculo. Condiciones que permitieron acentuar su rol como cara visible del catolicismo. Sin embargo, los autores aseguran que la condición *superstar* del papa devino en un descuido del gobierno interno de la Santa Sede, responsabilidad que cayó en quien sería su sucesor, Joseph Ratzinger. En 1981, Ratzinger fue nombrado Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe -cargo que ocupó hasta su elección como sumo pontífice en 2005-. Desde ese lugar, definió la orientación teológica-ideológica del papado a las puertas del tercer milenio.

El papado de Benedicto XVI (2005-2013) es presentado como el cerrojo final frente a los avances de los sectores progresistas. Entre modernizar al catolicismo o catolizar la modernidad, la continuidad Juan Pablo II-Benedicto XVI, apostó por enfrentarse a la modernidad. Usar sus herramientas, pero ofrecer convicciones fuertes, apelar a una identidad emocional exacerbada y sostener un dogma tradicionalista y jerarquizado. Si bien esta estrategia tuvo éxito en términos institucionales, tal vez no tanto en cuanto a clientela religiosa. Esta postura rigurosa, en parte enfrentada al Concilio Vaticano II, se complementó con polémicas de trascendencia pública que los autores mencionan al pasar. El llamado *Vatileaks* o los casos de abuso de menores por parte de los sacerdotes, minaron la imagen pública del papa y de la institución. A las disidencias internas, se sumaron los fuertes reclamos de católicos y no católicos.

La renuncia de Ratzinger y la elección del papa Francisco (2013-2025) son motivos del último capítulo. Lo primero que se desprende es que la elección del cardenal Bergoglio fue consecuencia de la crisis en la que estaba inserta la Santa Sede y de la cual era consciente la curia. Sin dudas, Francisco representaba un cambio de rumbo respecto a sus dos antecesores. En ese sentido, las lógicas de acción que el papado estaba sosteniendo se invirtieron. Con el papa argentino se volvió a ponderar la idea de la colegialidad; aunque en las estructuras la figura del papa continuó siendo la máxima autoridad, elementos como la sinodalidad se volvieron centrales para el gobierno. Por otra parte, alejado del perfil académico-teológico de la "eminencia gris" -como los autores nombran a Benedicto XVI-, Francisco se presentó como un hombre de acción que buscó zanjar la lucha contra la modernidad. Nuevamente, al estilo de Juan Pablo II, abrazó sus herramientas y, al igual que todos los papas desde León XIII, sacó provecho de los medios de comunicación masiva. Desde las redes sociales, Francisco se mostró como un católico común y corriente y muchos de sus mensajes se viralizaron rápidamente. En paralelo, las cuarentenas masivas de los años 2020 y 2021 contribuyeron al impulso digital que el Vaticano había impreso a la figura del papa. No obstante, y ahora a diferencia de Juan Pablo II, no descuidó el gobierno de la Santa Sede. Con gran precisión, nombró cardenales de confianza en los puestos claves e, incluso, se atrevió a darle lugar a laicos a ocupar dicasterios -como el Dicasterio para la Comunicación-. A su vez, el Colegio Cardenalicio contaba en su mayoría con cardenales nombrados por Francisco. Consciente de la situación en la que recibía a la Iglesia, Bergoglio buscó dar un giro rotundo. Los autores dejan en claro que su papado, finalizado a los meses de haberse publicado este libro, aún tiene un final abierto.

En definitiva, esta obra representa una síntesis de, a mí criterio, la última institución con vocación universal. Con habilidad, los autores recorren la trayectoria de doce pontífices y reconstruyen las líneas principales de su contexto de acción. Sin entrar en demasiados detalles, se detienen en claves interpretativas que consideran fundamentales para la comprensión del gobierno de la Iglesia. En esa reconstrucción, dos aspectos resultan transversales en la obra: la autoridad papal y la relación de la Santa Sede con la modernidad. La pregunta que los autores esbozan en la introducción, ¿cómo una institución sobre la cual, durante los siglos XVIII y XIX, todos pronosticaban su fin, logró posicionarse como una referencia internacional un siglo y medio después? Con vaivenes, en un lento pero sostenido proceso, los autores argumentan que su supervivencia se explica por una correcta adecuación a las condiciones que la modernidad había impuesto: su doctrina social, la administración de la Santa Sede, el ingreso a los flujos financieros modernos y su práctica política a las condiciones que impusieron la época de masas, la Guerra Fría y, posteriormente, la sociedad del espectáculo.